

## LIBRO SEXTO

### LOS TALLERES NACIONALES

- SUMARIO: I.—Época que precede á la insurrección de Junio; debilidad del gobierno; ansiedades de toda clase; señales de una próxima guerra civil.
- II (*Extracto del texto de M. de La Gorce*).—Los talleres nacionales, objeto dominante de preocupación para el gobierno y la Asamblea; ojeada retrospectiva; creación de los talleres nacionales; primeras dificultades; plan de Emilio Thomás; reglamentación minuciosa; ineficacia de los reglamentos; número creciente de inscripciones; imposibilidad de emplear los brazos desocupados; gastos ruinosos.—Sin embargo, la opinión pública no se asusta mucho al principio; pero el peligro no tarda en aparecer; inmenso ejército que hay que disolver ó disgregar.—Medidas propuestas por la Asamblea nacional y enviadas al comité del trabajo.—Medidas ideadas por la Comisión ejecutiva; ésta se esfuerza en mostrarse firme; su torpeza; arresto de Emilio Thomás.
- III (*Extracto del texto de M. de La Gorce*).—En las cuestiones ajenas á los talleres nacionales, la situación de la Comisión ejecutiva es también cada vez más difícil; desconfianza de la Asamblea; indiferencia desdenosa de la burguesía; irritación del pueblo; algunos desórdenes en provincias; vanos esfuerzos del poder para recuperar un poco de prestigio; fiesta de la Fraternidad; decreto de proscripción de los príncipes de la casa de Orleans.—Evolución de una parte del partido republicano; lenguaje de Marrast, Favre y Senard; el general Cavaignac.—Se busca un pretexto de ataque á la Comisión; petición para procesar á Luis Blanc; objeto real de esta petición; artificioso informe de Julio Favre; los debates parlamentarios atenúan los cargos acumulados contra Luis Blanc.—El suplicatorio de procesamiento es desechado.—La votación pone de manifiesto la anarquía que reina en el gobierno.
- IV (*Extracto del texto de M. de La Gorce*).—En medio de esta anarquía surge Luis Napoleón Bonaparte; Luis Bonaparte; su infancia; cómo viene á ser pretendiente; indiferencia de Europa; indiferencia casi tan grande en Francia; intentonas de Estrasburgo y Boloña; cautiverio de Ham; de cómo este cautiverio sirve á la causa del príncipe; evasión; revolución de Febrero; el gobierno cree que los herederos de Napoleón son poco de temer; su tolerancia con ellos.—Elecciones de 4 de junio: Luis Bonaparte elegido en cuatro departamentos.—Propaganda bonapartista muy activa.—Cambio de disposiciones en la Comisión; ésta se decide á ver el peligro y á aplicar al príncipe las leyes de proscripción; la Asamblea, en su sesión de 12 de junio, parece aprobar esta resolución, pero, el día siguiente, cambia de sentimientos y pronuncia la admisión de Luis Bonaparte como representante.—Cuál era, mientras tanto, la actitud del pretendiente; sus cartas: la habilidad de estas mismas; carta alviva del 14 de junio; emoción en la Asamblea; el príncipe presenta su dimisión; la Asamblea pasa á la orden del día.
- V (*Extracto del texto de M. de La Gorce*).—La cuestión de los talleres nacionales cada vez más temible. El Sr. Falloux; su lenguaje firme y verdaderamente político; medidas que propone; en qué difieren de las concebidas por el gobierno; quedan ineficaces; incapacidad del ministro de Obras públicas, Sr. Trelat. Estado de los talleres nacionales; espíritu que los anima. Nueva petición de créditos; Falloux y Trelat.—El problema de los talleres nacionales absorbe todas las ideas; Pedro Leroux; Goudchaux; la Asamblea ansiosa pide á todos un medio de salvación.—Desenlace inminente. Decreto de 21 de junio; irritación de los obreros; jornada del 22 de junio; entrevista de los delegados de los talleres nacionales con Marie; agitación creciente; excitaciones de los periódicos; reunión en la plaza del Panteón; cita para el día siguiente.

#### I

Entre el atentado del 15 de mayo y la insurrección de junio transcurren cuarenta días: período lleno de malestar y de ansiedades, en que la sociedad, bastante perspicaz para presentir una catástrofe y demasiado débil para prevenirla, se agita en mil combinaciones sin encontrar la salvación; en que la autoridad, sin poder escapar á los principios que ha proclamado ni á las promesas que ha consentido, imprevisora en sus resistencias como en sus concesiones, igualmente incapaz de dar soluciones y de aplazarlas, trata en vano de hacer alto en el camino de los abismos á que le han conducido sus faltas; en que el pueblo, privado de la mayor parte de sus jefes, pero recordando sus lecciones, desdenoso ya de vanas palabras, pero ávido de acción, mudo, pero implacable, exasperado por la miseria, fabrica silenciosamente la pólvora ó las armas para una nueva guerra civil. Durante estas seis semanas, todo es incertidumbre, decepción, contradicción y confusión. Se ven aparecer sucesivamente todas las señales de las discordias próximas: el poder tan debilitado, que sus propios amigos lo abandonan; estos amigos dividiendo-

se á su vez en competencias sin fin; la burguesía en busca de jefes y, en su alocamiento, dispuesta á sacrificárselo todo; el nombre de un general murmurado en los grupos políticos y el nombre fatídico de un príncipe pronunciado entre la muchedumbre; leyes de proscripción propuestas y votadas; la República preparando el ostracismo de uno de los que la han fundado; los talleres del trabajo transformados más que nunca en oficinas de desorden; las masas obreras tratadas alternativamente con una dureza que les exaspera ó con una debilidad que les envalentona; un problema social que nadie sabe resolver ni se atreve nadie á cortar; y, además de esto, el crédito arruinado; el capital que se retrae y se esconde; las tiendas que se cierran; las aglomeraciones de gente en la calle; las falsas alarmas ínterin llega el inevitable peligro; París triste como en los más tristes días y devorado por una fiebre que no permite el movimiento ni el reposo.

Tales son los dolorosos preludios de la guerra civil que tenemos obligación de narrar: tarea singularmente penosa y, sin embargo, nada inútil. Porque, al ver adónde conducen ciertas faltas, se aprende á precaverse de las mismas.

#### II

Tan pronto como la Asamblea nacional y la Comisión ejecutiva se hubieron repuesto de las emociones del 15 de mayo, se les impuso una cuestión destinada á absorberles cada vez más; esta cuestión era la de los talleres nacionales. Una ojeada retrospectiva es indispensable para medir los espantosos progresos de tan funesta institución.

Se recordará que, el 26 de febrero, el gobierno provisional, con su habitual imprevisión, decretó el establecimiento de los talleres nacionales. Los obreros que deseaban formar parte de ellos tenían que proveerse de una certificación de sus caseros acreditando que residían en el departamento del Sena, hacerla visar por el comisario de policía de la circunscripción, y presentarse con este documento en la alcaldía del distrito, que era la encargada de encaminarlos á los talleres. Pero sucedió que, desde los primeros días, el número de inscripciones excedió en mucho al de las plazas disponibles; por otra parte, el personal de las alcaldías, al cual se habían dado instrucciones demasiado vagas, la mayor parte de las veces no sabían adónde dirigir á los que acudían á ellos. Así es que los obreros, enviados de taller en taller, privados de indicaciones precisas, desprovistos de útiles, paseados de Saint-Mandé á Chaillet y de Romainville á la calzada del Maine, volvían á sus casas irritados, rendidos y sin pan (1).

Se luchaba con estas dificultades, cuando un joven ingeniero de la Escuela Central, Emilio Thomás, hizo proponer al ministro de Obras públicas, Sr. Trélat, un plan de organización cuyo éxito aseguraba. Recibido ante el gobierno, propuso la creación de una oficina central, á la cual serían enviados por las alcaldías los obreros provistos del certificado de residencia en París. Esta oficina había de inscribir á los obreros, alistarlos militarmente, hacerlos ingresar en cuadros formados de antemano, subordinarlos á jefes que los conducirían á los talleres, los vigilarían y les entregarían su salario. Una serie de revisiones sucesivas había de evitar los duplicados, las supercherías y los errores. Este sistema, de aparente regularidad, encontró la aprobación más unánime. Thomás fué nombrado director del negociado central de los talleres nacionales, y autorizado á elegir sus principales colaboradores entre sus camaradas de la Escuela Central. La nueva administración fué instalada en el pabellón de Monceaux, y se convino que los alistamientos empezaran el 9 de marzo.

Si los reglamentos minuciosos bastasen para crear buenos administradores, Emilio Thomás no hubiera tenido rival. Nuestro hombre prodigó como nadie las decisiones, ingeniándose en instituir empleos, organizar cuadros y establecer medios de vigilancia. Una vez matriculados, los obreros ingresaron en cuadros á imitación de la jerarquía militar: once hombres formaban una escuadra; cuatro escuadras, una brigada; cuatro brigadas, una compañía (2); tres compañías, un servi-

(1) Emilio Thomás, *Histoire des ateliers nationaux*, págs. 29 y siguientes. Garnier-Pagès, *Révolution de 1848*, tomo III, pág. 268.

(2) Cuando, á principios de abril, el contingente de obreros excedió á todos los cálculos, fué elevado á ocho, y luego á diez y seis, el número de las brigadas de cada compañía. Créese además un teniente por cada fracción de cuatro brigadas.

cio; los jefes de servicio estaban en relación con jefes de distrito que dependían directamente de la administración central. Los trabajadores, reunidos cada mañana á las seis y media, habían de ser encaminados en seguida á sus talleres. Acordóse que se pasaría lista dos veces al día, sin contar las listas suplementarias. Habíanse fijado multas para castigar las negligencias en el trabajo, el abandono de los talleres, los juegos de azar y la embriaguez. El salario cotidiano era de dos francos. La paga era atribución de los brigadieres, ayudados de un agente especial. Las firmas de los libros talonarios y las anotaciones puestas en las libretas estaban destinadas á evitar los fraudes. En una palabra, la burocracia, para impedir la confusión, había agotado el lujo de sus reglamentos.

Toda aquella sabiduría administrativa no resistió á la práctica. Los obreros acudieron en masa á aquellos talleres oficiales tan imprudentemente abiertos. Los hubo procedentes de París, de los suburbios, de provincias y hasta del extranjero con falsas certificaciones de domicilio. Entre ellos había sin duda personas honradas, víctimas de la crisis industrial, que sólo buscaban la equivalencia de sus recursos perdidos. Pero á esta masa se unieron pronto los perezosos que olían un salario fácilmente ganado, los vagabundos que querían hacer un alto en su vida errante, los malhechores que presentían trastornos. A muchos, en fin, les pareció ingenioso declararse en huelga y alistarse en los talleres nacionales ínterin cedían los patronos. El número de inscripciones era de catorce mil el 15 de marzo, se elevaba á treinta mil el 21 del mismo mes, y había llegado á sesenta y seis mil á mediados del mes siguiente (3).

A todos había que asegurarles trabajo. Emilio Thomás acudía á la alcaldía de París ó al ministerio de obras públicas. El ministro convocaba á frecuentes reuniones á los ingenieros de puentes y calzadas ó estimulaba su celo por medio de circulares. La ingeniería no formulaba ningún proyecto eficaz. Las conferencias con los industriales, arquitectos y contratistas resultaban algo menos estériles; se proponían construcciones de barriadas obreras, terminación de carreteras trazadas, obras de canalización ó ferrocarriles; pero todas estas obras exigían presupuestos, estudios preliminares, una organización previa. A falta de otra cosa mejor, se vieron reducidos á consagrar á las faenas más insignificantes aquella masa de brazos desocupados. Los obreros fueron empleados en arrancar en los bulevares los árboles talados en febrero, en ir á traer nuevos pies de los viveros de las cercanías, en recomponer algunos caminos de ronda, en extraer guijarros y remover tierras; trabajos en que desplegaban la menor actividad posible. Tal era la ocupación de aquel ejército popular tan temerariamente reunido y tan militarmente organizado.

Aquel simulacro de trabajo no podía asegurarse sino á un corto número de obreros. Se empezó por utilizarlos en días alternos, luego se les ocupó dos días por semana, y finalmente de cuatro días uno. Mas como la miseria del mayor número se acomodaba mal con aquellas interrupciones, se creó para los días de huelga forzosa un salario de un franco, llamado sueldo de la

(3) Emilio Thomás, *Ateliers nationaux*, págs. 164 y 195.

*inactividad*. Desgraciadamente, con el atractivo de este sueldo aumentó aún más la afluencia. Un franco era poco como salario y mucho como limosna. Aquella manera de ganar dinero sin hacer nada colmaba los deseos de los perezosos. Hubo porteros, taberneros, comerciantes y hasta propietarios que por medio de certificaciones falsas lograron hacerse inscribir en los talleres nacionales (1). La diversidad de aptitudes era otra causa de dificultades. La revolución de Febrero había perjudicado sobre todo á las industrias de lujo. Para los joyeros, doradores, artistas y demás que no sabían manejar la azada, Emilio Thomás se esforzó en crear talleres especiales; pero estos no pudieron extenderse á los obreros de lujo propiamente dichos. Aquellos infelices recibían su salario con una humillación tanto mayor cuanto más profunda era la convicción de no haberlo ganado. Pues tan mal ganados y tan insuficientes, aquellos salarios arruinaban al Tesoro. El 1.º de abril, los talleres nacionales ocasionaban un gasto diario de 70.000 francos; quince días más tarde, este gasto era doble.

Al principio, los talleres parecieron más bien un despilfarro que un peligro público. La institución fué tenida por más ridícula que peligrosa. Los obreros recorrían lentamente las calles, con la azada al hombro, símbolo de un trabajo que no hacían. A pesar de los pasos de lista, llegaban tarde y se volvían temprano de las obras. En vez de trabajar, hablaban de política, si no preferían jugar á la lotería ó á las chapas. La plantación de árboles de la libertad les proporcionó una distracción casi diaria. Constituían el personal acostumbrado de aquellas fiestas cívicas, en las cuales cantaban la *Marsellesa* y el *Coro de los girondinos*. Terminada la ceremonia, iban á beber (sin pagar) en las casas de la vecindad. Se aficionaron tanto á aquellas manifestaciones, que á duras penas se les pudo hacer comprender que no todos los árboles podían ser árboles de la libertad.

La ociosidad, madre de todos los vicios, engendra principalmente el desorden. A principios de mayo, los obreros de los talleres nacionales aparecieron á los ojos de todo el mundo bajo su verdadero aspecto. Su número, igual al de los ejércitos más poderosos, era por sí solo una amenaza; este número se elevaba entonces á cien mil hombres (2) y se temía que todavía aumentase.—Formábanse comités para descarrilar á los trabajadores de los talleres particulares y hacerlos acudir á los talleres públicos.—El desbarajuste financiero había llegado al colmo, todas las reglas establecidas para evitar las dilapidaciones eran impudentemente violadas; unos obreros firmaban por otros los libros talonarios; no siempre se exigía la presentación de las libretas que habían de ser firmadas por los brigadieres en el acto de la paga, y con frecuencia los brigadieres rubricaban las libretas de los ausentes y partían con ellos los salarios.—Lo más inquietante era que el espíritu general tendía á pervertirse completamente. Bajo la influencia de la miseria, de la ociosidad, de las predicaciones malsanas,

(1) Informes de policía, 7 de abril. (*Enquête parlementaire*, tomo II, pág. 178).

(2) Informe del Tribunal de cuentas sobre la contabilidad de los talleres nacionales (*Enquête parlementaire*, tomo II, página 156.—Emilio Thomás, *Ateliers nationaux*, pág. 264.

los buenos se volvían malos y los malos se volvían peores. Las ideas moderadas, que habían estado en boga durante las elecciones, perdían terreno de día en día. Los obreros inactivos se quejaban de recibir un salario que parecía una limosna, y cuando la casualidad les ofrecía un trabajo un poco rudo, se quejaban también, diciendo que les explotaban. La mayor parte de las veces desertaban de los talleres, y formando grupos en las tabernas de los barrios excéntricos, escuchaban los discursos de los agitadores (3). Los brigadieres, reclutados por elección, favorecían los disturbios en vez de apaciguarlos. A Emilio Thomás no se le podía ocultar el peligro. Al inspeccionar las obras entre la puerta de la Villette y la del Combate, más de una vez oyó gritos de «¡viva la revolución social!» (4). El 15 de mayo, catorce mil hombres de los talleres tomaron parte en la manifestación.

La ilusión no podía ya durar más tiempo: se hallaban en presencia de un ejército de cien mil hombres, organizado en cuadros maravillosamente propios para la acción, ejército descontento, hambriento, deshabitado del trabajo y no teniendo nada que perder.

El peligro era demasiado real para que la Asamblea nacional y la Comisión ejecutiva pudiesen despreciarlo ó ignorarlo. La Asamblea, que, á fin de facilitar el estudio de los diversos proyectos debidos á la iniciativa parlamentaria, se hallaba dividida en quince comisiones, había constituido una, llamada *comité del trabajo*. A este comité envió desde el primer día todas las mociones que le fueron presentadas sobre el terrible problema. Estas mociones eran numerosas y revelaban, por tanto, la intensidad de las preocupaciones públicas. El comité de los trabajadores examinaba y discutía todas estas proposiciones. El 22 de mayo oyó á Emilio Thomás. La opinión de la mayoría se afirmó pronto: quería la disolución, pero por vía de medidas progresivas. Tal era también el sentimiento general de la Asamblea, y no tardó en manifestarlo. El ministro de Obras públicas pidió un crédito de tres millones para los talleres nacionales, y la Asamblea se apresuró á votarlos; pero al mismo tiempo votó otro crédito de 3.400.000 francos para recomposiciones de las carreteras nacionales. Con su primer voto, protestaba contra toda idea de supresión inmediata y brutal. Con su segundo voto, manifestaba su voluntad de esparcir por toda la superficie del territorio aquel ejército peligroso y encarrilarlo otra vez poco á poco hacia la industria particular.

A la Comisión ejecutiva incumbía la ardua tarea de llevar á la práctica el designio de la Cámara. El 17 de mayo creó una comisión; ordenó repetidas veces y con grande insistencia el censo de los obreros; mandó cerrar las listas de inscripción; decidió que el trabajo á destajo fuese substituído en todas partes por el trabajo á jornal; que los obreros que no justificasen una residencia de seis meses en París fuesen despedidos; que se establecieran oficinas de colocación donde los patronos pudiesen pedir obreros, y que los trabajadores que se negasen á entrar en los talleres particulares fuesen inmediatamente borrados de los talleres nacionales. El gobierno abrió listas para la matrícula militar de los

(3) *Enquête parlementaire*, tomo I, pág. 275.

(4) Emilio Thomás, *Ateliers nationaux*, pág. 264.

obreros de diez y ocho á veinticinco años de edad; los que no quisieran matricularse habían de ser excluidos de los talleres. De este modo esperaba obtener considerables reducciones. Con los obreros que quedasen se reservaba organizar brigadas para emplearlas en obras públicas en provincias, y ponerlas particularmente á disposición del director del ferrocarril de Lyon (1).

Estas rigurosas medidas, transformadas un mes después en decreto, habían de precipitar la insurrección de Junio. Cuando Emilio Thomás se enteró, el 24 de mayo, por las instrucciones que le fueron dadas, de los proyectos concertados la víspera, se presentó en el ministerio de Obras públicas y suplicó á Trélat que aplazase la publicación de tan grave acuerdo. A duras penas consiguió una prórroga. Pero la Comisión ejecutiva, siguiendo el sistema de las autoridades débiles que confunden la arbitrariedad con la energía, estaba vivamente deseosa de dar un gran golpe. Y no pudiendo castigar á los talleres nacionales, quiso al menos castigar á su director.

El 25 de mayo, el ministro de Obras públicas nombró una nueva comisión, compuesta de ingenieros é industriales y provista de poderes casi ilimitados, para vigilar y reformar la administración de Monceaux (2). El día siguiente, la comisión, presidida por el ministro en persona, procedió á una primera información: «Es preciso, dijo Trélat á Emilio Thomás, que nos ayudéis á destruir lo que habéis edificado.» Thomás formuló algunas reservas, haciendo de paso protestas de amor al bien público. El ministro pareció satisfecho y no escatimó sus elogios á su joven subordinado. Sin embargo, estaba descontento de él; le consideraba como presuntuoso y lleno de ambición; le acusaba de entorpecer con su inercia voluntaria la operación del censo, le atribuía el propósito de convertir los talleres nacionales en un ejército asalariado por él. Encontrando por la tarde á Garnier Pagès en la Asamblea, le comunicó sus temores: «Pues entonces desembarazaos de Emilio Thomás, le contestó Garnier; ved al prefecto de policía y pedidle una orden de arresto para el caso en que Thomás no consienta en marcharse. Confíadle una misión cualquiera; haced de él lo que queráis (3).»

A las nueve de la noche, Thomás fué llamado al Ministerio de Obras públicas para asuntos del servicio. Trélat se encontraba en su despacho con su secretario, Sr. Boulage. «Os pedimos la dimisión,» le dijo de buenas á primeras el ministro. Después de algunas observaciones, Thomás se sentó á una mesa y se puso á redactar el documento que se le reclamaba. «Estaré á la disposición de mi sucesor, añadió.—Es inútil, añadió el ministro; es preciso que salgáis inmediatamente de París para ir á Burdeos á estudiar la prolongación del canal de las Landas.» Emilio Thomás se resistió, haciendo observar que no era ingeniero de puentes y calzadas; pero acabó por ceder y añadió que saldría á la mañana

(1) Actas de las sesiones de la Comisión ejecutiva, sesiones de los días 13 y 23 de mayo. (*Enquête parlementaire*, tomo II, pág. 161).—Emilio Thomás, *Ateliers nationaux*, pág. 171.

(2) Emilio Thomás, *Ateliers nationaux*, pág. 280.—El decreto instituyendo esta Comisión no se publicó en el *Monitor* hasta el 28 de mayo.

(3) Declaración de Trélat (*Enquête parlementaire*, tomo I, pág. 356).

siguiente. «Sería demasiado tarde mañana. Hay que partir inmediatamente.—Dejadme hacer mis preparativos.—Imposible.—Permitid, al menos, que vea á mi madre.—Lo siento, pero no habéis de ver á nadie.—Esto parece un arresto. ¿Dónde están vuestras instrucciones? ¿Dónde está vuestra orden de arresto?» Trélat confesó entonces que estaba autorizado, en caso de resistencia, á recurrir á la fuerza. Una silla de posta, preparada por la prefectura de policía y escoltada por dos guardias de orden público, esperaba en el patio del Ministerio. A las once Emilio Thomás subió al carruaje; el ministro le acompañó hasta la portezuela; los dos guardias tomaron asiento á su lado. Dos días después llegó á Burdeos sin saber si estaba libre ó si era prisionero, si iba á desempeñar una misión ó á sufrir un cautiverio; tampoco lo sabía el gobierno, pues un primer despacho ordenaba mantenerlo arrestado, y otro casi inmediato prescribió que le pusieran en libertad (4).

Al saberse en Monceaux la partida de Emilio Thomás, se produjo una grande agitación: «Ha marchado á desempeñar una misión en las Landas,» contestó el ministro de Obras públicas á los que le interrogaron. Aquella contestación no satisfizo á nadie; los subdirectores presentaron la dimisión; á duras penas se consiguió que continuaran interinamente en sus puestos. Trélat prometió asistir á la asamblea de delegados de los talleres nacionales, que había de celebrarse á las tres de la tarde, para justificar la medida por él tomada. Llegó á la hora señalada, y como si hubiese temido la explicación que todos esperaban, habló de la última revolución, de sus sufrimientos por la causa popular, de los años que había pasado en los calabozos. «¡A la cuestión!» le gritaban. El trató de eludir, pero redoblaron las insistencias. «Todo lo que puedo deciros, contestó el ministro, es que me despedí de Emilio Thomás estrechándole la mano como á un hombre honrado, como á un amigo.—Entonces ¿para qué esa especie de raptó? ¿Para qué el arresto? No se prende más que á los culpables.» Sólo al cabo de tres horas pudo retirarse el ministro. Por la noche, dos batallones de infantería y dos batallones de guardia móvil ocuparon el parque de Monceaux. En medio de aquel aparato militar se instaló el nuevo director, Sr. Lalanne (5).

Era el día 27 de mayo. Unas cuantas proposiciones sometidas á la Asamblea y á la comisión del trabajo, un decreto tan riguroso que habían tenido que renunciar á publicarlo, y, por añadidura, el arresto arbitrario de Emilio Thomás, tales eran las medidas tomadas hasta entonces. La nueva dirección ¿facilitaría, al menos, aquella disolución progresiva reclamada por todas las personas de bien? Se verá más adelante; porque antes de terminar la lamentable historia de los talleres nacionales, hay que decir los apuros de toda clase que, hasta fuera de tan pavoroso problema, asediaban entonces á la Comisión ejecutiva.

(4) Emilio Thomás, *Histoire des ateliers nationaux*, págs. 285 y siguientes, pág. 298.—La relación de Emilio Thomás se halla implícitamente confirmada por la declaración de Trélat (*Enquête parlementaire*, tomo I, pág. 356. Véase el *Monitor*, pág. 1201).

(5) Emilio Thomás, *Histoire des ateliers nationaux*, págs. 305 y 306.—Actas de las sesiones de la Comisión ejecutiva, sesión de 27 de mayo. (*Enquête parlementaire*, tomo I, pág. 355).—Informe de policía (*Enquête parlementaire*, tomo II, pág. 186).

## III

Esta pobre Comisión sentía vacilar á la vez todos sus apoyos.

La Asamblea que la había nombrado se alejaba de ella, no le perdonaba la sorpresa del 15 de mayo. En las comisiones parlamentarias, los miembros de la derecha tenían, gracias á su experiencia en los negocios, una influencia desproporcionada á su corto número, y no dejaban de insinuar que si el poder era incapaz de resoluciones firmes, había que desembarazarse de él: estas disposiciones se revelaban sobre todo en la comisión de Hacienda y en la comisión ó comité del trabajo. Los representantes, á fin de imprimir más unidad á su acción común, creaban reuniones extraparlamentarias: hubo la reunión del *Palacio nacional*, en que dominaban los republicanos moderados; la reunión de la *calle de las Pirámides*, en que se agrupaban los republicanos socialistas ó radicales; la reunión de la *calle de Poitiers*, muy modesta al principio, compuesta únicamente de políticos novicios, pero que no tardó en ser, merced al concurso de los antiguos jefes parlamentarios, un poderoso instrumento de reacción. En estas reuniones, el gobierno era atacado con violencia y defendido con blandura. La malevolencia contra la Comisión ejecutiva se manifestaba, si bien en forma discreta, hasta en las sesiones del palacio Borbón. La discusión del proyecto de decreto sobre las relaciones entre la Comisión ejecutiva y la Asamblea, y sobre las medidas oportunas para garantizar la seguridad de la representación nacional, reveló, sobre todo, la desconfianza del Parlamento. Cierta es que, después de largos debates, llegaron á una inteligencia, pues se acordó que el mando de las fuerzas militares perteneciese á la Comisión ejecutiva, sin perjuicio del derecho de requisición directa, concedido, en caso de urgencia, á favor del presidente de la Asamblea: pero la insistencia de los representantes en afirmar su soberanía, la animación de los discursos, las alusiones al atentado reciente del 15 de mayo, todo indicaba que entre los dos poderes reinaba menos una armonía duradera que un acuerdo precario y dispuesto á trocarse en hostilidad.

Atacada ó mal sostenida en la Asamblea, la Comisión ejecutiva no encontraba en la clase media y en el pueblo parisiense más que indiferencia ó desfavor. La burguesía le reprochaba las dificultades del comercio, la ruina de la industria, la escasez de numerario, las agitaciones callejeras. El servicio de la guardia nacional le era penoso. Como presentaba los peligros, la burguesía deseaba una autoridad fuerte, y se quejaba de la debilidad de la Comisión ejecutiva. Propiamente hablando, el gobierno no era popular ni impopular, era desdeñado. El público se divertía con la vanidad de los individuos de la Comisión ejecutiva, ó se mofaba de su impotencia. Su permanencia en el soberbio y voluptuoso palacio de los Médicis daba lugar á mil burlas que acababan de quitar á aquel gobierno, apenas nacido y ya gastado, el resto de su prestigio. Así pensaba la burguesía. En cuanto al partido radical, profería amargas quejas y virulentas censuras. Pedía la libertad de sus jefes prisioneros, se indignaba de ver á Ledru Rollín en el pináculo de los honores, en tanto que el generoso Barbés gemía en Vincennes. Los periódicos demagógicos

acentuaban sus violencias. Uno de ellos, e *Père Duchêne*, organizó en sus oficinas una suscripción para un banquete popular á veinticinco céntimos; las suscripciones se multiplicaron de una manera espantosa; tanto que se temió que el gobierno de Febrero, nacido de la prohibición de un banquete, fuese á su vez derribado á causa de otro banquete (1).

Las provincias no estaban menos agitadas que París. En todas partes estallaban huelgas. En algunos puntos había colisiones entre obreros franceses y obreros belgas. En los ferrocarriles, los maquinistas franceses amenazaban con expulsar á los maquinistas ingleses. En Lyon y en el departamento del Ain, varios magistrados fueron secuestrados y no recobraron su libertad sino después de una peligrosa detención. En algunos departamentos, la percepción de los impuestos era contestada ó entorpecida.

Para luchar contra las disposiciones malévolas ú hostiles de la Asamblea, de la burguesía y del pueblo; para reprimir las agitaciones que se producían fuera de la capital, para vencer todas aquellas dificultades que se añadían á la dificultad todavía pendiente de los talleres nacionales, la Comisión ejecutiva no tenía más recursos que su buena voluntad impotente, sus capacidades dudosas y las capacidades más dudosas aún de sus ministros. En vano trataba de recuperar un poco de popularidad en algunas de las manifestaciones de que ya se había abusado. La *fiesta de la Fraternidad*, verificada el 21, sólo había tenido por resultado excitar la malignidad pública. Aquella carroza de la agricultura simbolizando la abundancia, aquellas mozas sospechosas simbolizando la castidad, aquellos coros patrióticos previamente organizados, aquella especie de altares en que se ostentaban las obras maestras de la industria, toda aquella exhibición fría y pretenciosa no había producido más que una hilaridad inmensa. El propio Lamartine no lograba devolver un poco de lustre al poder, tanto había declinado su popularidad. Reducida, pues, al aislamiento, la Comisión ejecutiva tan pronto hablaba de retirarse, como se esforzaba para levantarse de nuevo por medio de alguna resolución viril. Entre estos actos de pretendida firmeza hemos de contar sin duda el proyecto de decreto destinado á hacer extensiva á la familia de Orleans la ley de 10 de abril de 1832, que prohibía á la rama primogénita de los Borbones la residencia en territorio francés. En nobles cartas que vieron la publicidad, los príncipes protestaron contra aquella privación de la patria. Después de una corta discusión, el decreto fué votado por 631 votos contra 63.

La Comisión ejecutiva contaba aún con el apoyo de los republicanos moderados que formaban el antiguo grupo del *Nacional*, cuando vino de pronto á faltarle su concurso. En el seno de este partido empezó á decirse que la República sucumbiría, ó al esfuerzo de la demagogia, ó á las tentativas de la reacción, si no se encarnaba en un poder enérgico. Se repetía que solamente un jefe único, apoyado en ministros resueltos, podía salvar la paz pública y el Estado republicano. Estas ideas abundaban sobre todo en la *reunión del palacio Nacional*. Entre aquellos amigos más perspicaces

(1) Informes de policía (*Enquête parlementaire*, tomo II, páginas 196 y siguientes).

ces que fieles, Marrast y Senard se distinguían por la claridad de su lenguaje. Hasta se murmuraba el nombre del jefe futuro: el ministro de la Guerra, general Cavaignac. Hijo de un convencional, hermano del publicista Godofredo Cavaignac, el general llevaba un nombre doblemente querido de la democracia. Por otro lado, su respeto á la disciplina, su reputación de austeridad, los hábitos de su vida militar, sus servicios en el ejército de África, eran propios para inspirar confianza á los hombres de orden. Los que le trataban conocían su firmeza modesta. Era de natural concentrado y silencioso; y la larga soledad de los mandos en los confines del desierto había desarrollado aquella disposición de su alma. Pero aquel humor frío y taciturno le favorecía en vez de perjudicarle: hacía tres meses que se abusaba tanto de la palabra, que el callar parecía sabiduría y virtud. La revolución de Febrero había encontrado á Cavaignac mariscal de campo, y le había hecho general de división, gobernador de Argel y luego ministro de la Guerra. En virtud de circunstancias particulares, no había tomado posesión del ministerio hasta el 17 de marzo. Llegaba, pues, nuevo á aquel teatro de la política, donde en pocos meses tantas celebridades se habían gastado: aparecía con toda oportunidad, en el momento en que Lamartine, hombre de palabra, declinaba, y en que todo el país pedía un hombre de acción. Marrast, Senard y algunos otros lo habían patrocinado en seguida y ya se proponían empujarlo al poder, con lo cual creían trabajar en interés del público y en su propio interés, pues esperaban ser los consejeros del gobierno que tuviese por espada á Cavaignac.

Pero de parte de adversarios tan recientes, un ataque directo era difícil. Sólo indirectamente podían atacar á la Comisión ejecutiva. La autorización para procesar á Luis Blanc, entonces pedida, lo fué por aquel partido nuevo, á fin de alcanzar, al mismo tiempo que á su antiguo colega, á Ledru Rollín y á Lamartine, poner de manifiesto sus complacencias con los facciosos y preparar la disolución del poder.

Ya dijimos la explosión de injurias con que Luis Blanc fué acogido, el 15 de mayo, en el seno de la Asamblea. Después el expediente judicial robusteció las sospechas contra él; su actitud durante la invasión del palacio legislativo, sus discursos al pueblo, las ovaciones de los facciosos, su presencia probada en el muelle de las Flores en el momento en que Barbés y Albert marchaban hacia la plaza de Greve, todo pasaba á los ojos de la mayoría por señales no dudosas de complicidad. No faltaba quien afirmase haber visto á Luis Blanc mezclado con los facciosos en el Hotel de Ville. A últimos de mayo, Portalis, procurador general, y Landrín, procurador de la República, manifestaron al ministro de la Justicia la conveniencia de pedir á la Asamblea una autorización para el procesamiento del jefe radical. La Comisión ejecutiva, consultada por el ministro, exigió un nuevo interrogatorio; después de este interrogatorio, Portalis volvió á la carga amenazando con dimitir si no se accedía á su pretensión. Ante tal insistencia, la Comisión acordó que no le pertenecía entorpecer la acción de la justicia. El 31 de mayo, Portalis envió á la Asamblea el suplicatorio para la autorización de procesar á Luis Blanc.

Directamente designado como uno de los autores

del atentado del 15 de mayo, Luis Blanc protestó en seguida con mucha vehemencia contra aquella acusación: «Lo que os piden, ciudadanos, sin prueba alguna, es que abráis la era de las proscriciones, es que os diezmeis mutuamente; lo que os piden es que empecéis la era de la República nueva, que debería ser una era de clemencia, de justicia y de equidad, por medio de ese régimen de terror que durante tanto tiempo nos han acusado de querer implantar... (*Agitación.*) Esta es la recompensa de los que han procurado fundar la República sobre ideas de justicia, de clemencia, de libertad individual... Os empujan por el camino al término del cual habría, si os descuidaseis, el sistema de las depuraciones y de los odios implacables... Se me acusa de haber querido violar el principio de la soberanía del pueblo, á mí que he pasado mi vida defendiéndolo... ¿Hubiera yo faltado al respeto de mi propio pensamiento al extremo de invitar al pueblo á venir á violar la Asamblea de que tengo el honor de formar parte?... ¡No, no, mil veces no! Y el que pueda presentar la prueba de lo contrario, que se levante para que yo le diga frente á frente que ha mentado.» (*Aplausos.*)

«¿Qué contendrá el informe?, exclamó terminando Luis Blanc. Tengo curiosidad por saber las acusaciones que se formulan contra mí... No me justifico, porque no necesito ser justificado.» (*Agitación.*)

El ministro de la Justicia, Crémieux, como para marcar bien su solidaridad con los magistrados, pidió que el suplicatorio pasase á informe de una comisión. La comisión fué nombrada, y por quince votos contra tres se pronunció por el procesamiento, designando á Julio Favre como ponente. El 2 de junio, éste leyó su informe.

El documento estaba redactado con ese arte consumado que insinúa el crimen, guardándose bien de afirmarlo, y con esa moderación que aplasta más que la violencia. Protestaba contra todo pensamiento de reacción política, y rechazaba de antemano toda idea de rencores personales. Con un pérfido alarde de imparcialidad, Julio Favre ponía de relieve los trabajos y los éxitos de Luis Blanc: «¿Qué espíritu sensato podría admitir que se hubiese escogido como víctima de no sé qué sistema rencoroso á un hombre ya considerable por sus trabajos de historia, en relación de familiaridad, en comunidad de opiniones con los que hoy le señalan; á un hombre que ha compartido la abnegación, los sacrificios y los peligros del gobierno provisional; á un hombre, en fin, que, si bien ha sido atacado en sus teorías, se ha visto constantemente respetado y honrado por sus sentimientos generosos que sus errores económicos no han borrado? Nadie querrá creer que, por una animosidad inexplicable, los magistrados hayan querido crear esa dificultad al gobierno, y que el gobierno la haya aceptado inútilmente.» Sobre los hechos, el ponente nada decía: «La comisión entiende que cabe conceder la autorización reclamada por el exhorto. Esta opinión no irá acompañada de explanación alguna, por la razón siguiente. La comisión ha sacado los elementos de sus opiniones de un procedimiento que nuestras leyes hacen secreto, y del que no podríamos hablar sin faltar á todos nuestros deberes... Basta que haya una duda para que Francia desee aclararla. Tal debe ser también el deseo de nuestro colega, y creéramos faltar á sus intereses más sagrados si le condenásemos á sufrir los